

ejercía un influjo más activo que el puerto de Matamoros en el golfo. La toma de Mazatlan reducía á muy penosa situación á las fuerzas republicanas del Estado de Sinaloa, y el efecto de ello debía hacerse sentir hasta Michoacan; podia además poner término á los trabajos políticos en favor de la causa republicana á que los partidarios de ésta se entregaban en California, y aseguraba al erario del gobierno de Maximiliano una entrada de tres á cuatro millones de duros.

1864. Ocupada la plaza de Mazatlan, el comandante de la fuerza naval Le Normand de Kengrist, juzgó que era suficiente para sus operaciones la fuerza de los doscientos tiradores argelinos que tenía y doscientos infantes de las fuerzas de Lozada con alguna caballería de la misma division, y, en consecuencia, mandó que las tropas mejicanas regresasen á Tepic. El general Lozada dividió sus fuerzas en tres secciones escalonadas para que emprendieran la marcha, y él, con su estado mayor, se embarcó en un vapor, para San Blas.

El día 15 de Noviembre, esto es, dos despues de haber sido ocupada la plaza de Mazatlan, emprendió su marcha la division de don Manuel Lozada hácia Tepic, y pernoctó en el Presidio. En ese mismo día 15, todas las tropas republicanas del Estado se reunieron en el Quelite. El coronel y gobernador don Antonio Rosales manifestó en una junta de jefes que se verificó allí, su deseo de que no se fraccionase la fuerza, pues así la unidad en la accion militar, mantendría su disciplina, cosa altamente necesaria en todos tiempos, pero especialmente en campaña. El general don Ramon Corona, aunque convino en que la dis-

ciplina del soldado podria relajarse algo con el fraccionamiento, sin embargo juzgaba que éste era conveniente en aquellas circunstancias, pues además de que así se lograría llamar la atencion de los contrarios por varios puntos, las poblaciones encontrarían más facilidad de proveer á las necesidades de ligeras secciones. Tomó la palabra en apoyo del fraccionamiento el coronel don Pedro Emilio Buiccione, exponiendo razones muy poderosas en favor del sistema de guerrillas, por entónces, y despues de una ligera discusion, se aprobó, por la mayoría, el parecer emitido por don Ramon Corona.

En virtud de haberse optado por el fraccionamiento, se verificó éste el siguiente día 16, partiendo cada jefe con las fuerzas que le correspondían á puntos convenidos, y el general D. Ramon Corona tomó hácia el rumbo de la Concordia, con objeto de ver el estado en que se hallaban las fuerzas que había dejado por aquella parte, y disponer lo necesario para atacar los destacamentos que el general imperialista Lozada había ido estableciendo á su paso para Mazatlan, en Escuinapa y el Rosario.

El mismo día 16 tuvo aviso el jefe imperialista que pernoctó el 15 en el Presidio, como dejo referido, de que una fuerza republicana se dirigía á atacar la plaza del Rosario. Con efecto, la noticia era cierta. El comandante imperialista don Alejandro Guerrero, jefe de la guarnicion que Lozada había dejado en el Rosario, salió, á la cabeza de una fuerza de caballería, en persecucion del teniente coronel republicano don Anacleto Correa, que pasaba con cien jinetes por allí cerca. El jefe republicano, al marchar en retirada hácia Matatan, dió aviso á D. Per-

fecto Guzman, que se hallaba allí, diciéndole que enviase en su auxilio una fuerza de infantería ligera. Obsequiada la petición, y habiendo llegado á tiempo el refuerzo, fué colocado éste á la derecha del camino, ocultándose tras de una cerca de piedras. Cuando la caballería imperialista llegó en persecucion de la republicana, una descarga cerrada de fusilería, hecha por la infantería emboscada, que causó bastantes víctimas, hizo retroceder á los imperialistas, que emprendieron al momento su retirada hácia el Rosario, perseguidos á su vez por don Anacleto Correa. Invitado por éste don Pedro Guzman á que unidas la fuerza de ambos, atacasen á la guarnicion que quedaba en el Rosario, y aceptada la invitacion, emprendieron la lucha contra los defensores de la plaza. Estos, desmoralizados por el descalabro sufrido por la caballería, no pudieron resistir largo tiempo al empuje de sus contrarios, y habiendo visto caer sin vida á doce soldados pertenecientes á la division de Huaynamota, así como heridos á un número mucho mayor, emprendieron la retirada en completa dispersion, arrojándose muchos al río para salvarse. Una parte de la fuerza republicana se quedó en la poblacion recogiendo el armamento, municiones, caballos y pertrechos de guerra abandonados por sus contrarios, miéntras la otra salió en persecucion de los fugitivos.

1864. Pocas horas despues, á las cuatro de la  
 Noviembre. tarde, llegó en auxilio de la plaza, con una fuerza respetable de caballería, el comandante de escuadron don Ascensio Jaime, que habia salido del Presidio en el instante que se tuvo aviso de que iba á ser atacada la guarnicion del Rosario.

Los jefes republicanos don Anacleto Correa y don Perfecto Guzman, no juzgándose con competente fuerza para esperar á sus contrarios, organizaron sin pérdida de momento sus tropas y se retiraron velozmente, al mismo tiempo que el jefe imperialista don Ascensio Jaime entraba en la poblacion del Rosario.

Al siguiente día 17, informado el expresado jefe don Ascensio Jaime, por sus espías, de que las fuerzas que se habian alejado á su llegada se hallaban en el pueblo de Escuinapa, destacó una fuerza de caballería contra ellas, al mando del comandante don Prajedis Nuñez. Los republicanos, que no esperaban que sus contrarios se presentasen en aquellos instantes, descansaban tranquilamente, cuando, de repente, vieron entrar en la plaza y arrojarse sobre ellos á los imperialistas. En vano trataron de resistir y lucharon con denuedo, pues no teniendo tiempo para organizarse, fueron batidos y derrotados, abandonando la poblacion despues de haber tenido quince hombres muertos, entre ellos don Antonio Correa, hermano del jefe del mismo apellido, muchos heridos, y algunos prisioneros.

Juzgando el jefe imperialista don Prajedis Nuñez que despues de aquel trance nadie se atrevería á inquietarle, quiso dar descanso á la tropa y á los caballos de ella. Al efecto mandó que se desensillasen los corceles, y envió á varios soldados fuera de la poblacion en solicitud de víveres y forrajes. Avisados los jefes republicanos don Anacleto Correa y don Perfecto Guzman de lo que pasaba, dispusieron su gente con la mayor prontitud, y á las seis de la tarde cayeron sobre la descuidada fuerza imperia-

lista, haciéndola varios muertos, algunos heridos y poniéndola en completa dispersion. Don Prajedis Nuñez se replegó con su gente en desórden y perseguido por sus contrarios, hácia el Rosario. En aquellos momentos apareció la vanguardia de la division imperialista que había emprendido su marcha de aquella poblacion, y la escena cambió completamente. Acometidos entónces los republicanos por don Ascensio Jaime, sostuvieron la lucha cuanto les fué posible con extraordinario valor; pero fueron derrotados completamente, y emprendieron la fuga, dejando cincuenta muertos y crecido número de heridos en el campo de batalla, muchas armas y municiones, y algunos caballos.

1864. La division imperialista se detuvo, como  
Noviembre. fin de la jornada de aquel día, en Escuinapa, donde pernoctó: el 18 hizo su marcha hasta Coastecomatal: el 19, de este punto á los Cedazos, y el 20 á los Horcones.

En toda esa marcha el general republicano don Ramon Corona había ido á cierta distancia de la retaguardia de sus contrarios, esperando que se le reunieran las fuerzas de algunos jefes á quienes había enviado órdenes para que así lo hicieran, y atacar juntos á la division imperialista. Tomada esta determinacion, escogió trescientos soldados de caballería, mandó que los cuerpos de infantería se situasen sobre el camino de Guajicori, y en seguida partió con sus diestros jinetes en observacion de sus contrarios.

En la madrugada del 21 de Noviembre, las tropas de don Ramon Corona, á las cuales se habían unido las guerrillas de don Anacleto Correa y de don Perfecto Guzman, acometieron al campamento imperialista, marchando á la

vanguardia el capitan don Camilo Isiordia. La sorpresa introdujo al principio alguna confusion entre las tropas del imperio que estaban más avanzadas; pero despertando al ruido de los tiros los batallones situados más léjos, se trabó un reñido combate en que algunos de los asaltantes llegaron á mezclarse entre los asaltados.

1864. El general don Ramon Corona, compren-  
Noviembre. diendo desde el momento que vió que todas las tropas contrarias acudian al sitio del peligro, que no era posible continuar la lucha con probabilidades de buen éxito, y queriendo salvar á sus valientes soldados, ordenó la retirada, que se verificó en bastante buen órden, tomando el rumbo de la sierra de Guajicori, sin que los imperialistas les persiguieran más que en muy corto tramo.

Los republicanos tuvieron una pérdida como de sesenta hombres entre muertos, heridos y prisioneros. La de sus contrarios debió ser casi igual, aunque el general imperialista don Manuel Lozada en el parte que dió de esta accion, dice que su tropa sólo tuvo cinco muertos y diez heridos (1).

(1) Algunas personas llegaron á decir entónces, que se habían llegado á mezclar en la lucha de tal manera imperialistas y republicanos, que al retirarse éstos, muchos de los soldados de Lozada se encontraron, cuando brilló clara la luz del día, entre las filas de las tropas de Corona, creyendo que estaban entre las suyas, sin advertir su error hasta aquel instante, y que igual cosa pasó á los republicanos, quedándose varios soldados de Corona en las filas imperialistas, juzgando que eran las suyas. Lo inverosímil de ese relato salta inmediatamente á la vista. Por oscura que fuese la madrugada de aquel día, que no lo fué ciertamente, pero por oscura

Después de este hecho de armas, las tropas imperialistas continuaron su marcha, entrando poco después en su propio territorio, como habían recibido orden de verificarlo después de la toma de Mazatlan, objeto único de aquella expedición.

Casi en los momentos en que llegaba el general imperialista don Manuel Lozada á Tepic de vuelta de Mazatlan, alcanzaban otra victoria las armas del imperio sobre las de sus contrarios. Después del descalabro sufrido el 28 de Octubre por las fuerzas republicanas en las barrancas de Atenquique, en el Estado de Jalisco, el general republicano don José María Arteaga concentró sus tropas en Autlan y en San Clemente, dirigiéndose en seguida, á marchas forzadas, hácia la parte del Norte, tratando de ocultar diestramente el punto que se había propuesto ocupar para continuar la campaña, tratando de esta manera de burlar las estudiadas combinaciones hechas por el general Douay para cortar su retirada. Conocedor del terreno, el infatigable general republicano, á la cabeza de cuatro

que fuese, repito, no era posible que llegase al grado de que los que se mezclaron en las filas contrarias no pudiesen ver que el traje de los que tenían á su lado no era el de sus compañeros de armas, no extrañasen la voz de aquellos con quienes hablaban, no escuchasen una sola palabra, que diese á conocer si eran republicanos ó imperialistas aquellos á quienes se habían mezclado inadvertidamente, y sobre todo, que los soldados de Lozada se alejasen del campamento, retirándose en rumbo opuesto al que tenían que llevar para marchar á Tepic, sin advertir que habiendo triunfado, su lugar debía ser el campamento mismo hasta nueva orden. Lo mismo digo respecto de los soldados republicanos: muy difícil, por no decir imposible, era que oyendo el toque y la voz de retirada, creyesen que ésta consistía en quedarse en el campamento, teniendo por amigos á los que al ver alejarse á sus contrarios daban vivas al imperio y al emperador.

mil hombres, atravesaba en la jornada que hizo el 15 de Noviembre, la línea de las avanzadas imperialistas y se fué á colocar en los cerros de las Navajas. El siguiente día 16 desfiló entre Guadalajara y la avanzada francesa situada en Santa Ana, sin que noticia alguna hubiese recibido el jefe francés de aquella ciudad de su presencia, de sus intenciones ni de su fuerza. En la <sup>1864.</sup> <sub>Noviembre.</sub> noche de ese mismo día 16 es cuando llegó á saber, de una manera cierta, los movimientos del general republicano, y sin pérdida de momento hizo salir en su persecución una columna francesa, bajo el mando del teniente coronel Lépage. En la misma noche, el teniente Castaigny, comandante del puesto de Santa Ana, mal informado también, salió con setenta y dos hombres á hacer un reconocimiento hácia el molino de Huejotitlan para cortar el camino á las fuerzas republicanas, y cayó sobre éstas de repente, aprovechándose de la oscuridad, para ver si introducía el desorden con aquella sorpresa; pero aunque logró matar á varios y coger algunos prisioneros, pronto se vió rodeado por todas partes, logrando abrirse con mucha dificultad paso, retirándose á un cerro inmediato, donde no fué atacado, porque al general don José María Arteaga no le convenía detenerse, sino burlar los planes de sus contrarios. Con objeto de realizar este pensamiento, siguió sin detenerse su camino hácia Jonotepec para penetrar al Estado de Michoacan, que era su objeto. Aunque en Jonotepec había un destacamento francés, el general don José María Arteaga consideró que, componiéndose únicamente de cuarenta hombres del 81, sería fácilmente vencido y que, por lo

mismo, no sería obstáculo á su paso. La noche favorecía el proyecto del activo jefe republicano; á la oscuridad de ella se añadió afortunadamente para él, una espesa neblina, y llegando las fuerzas republicanas sin ser vistas ni esperadas, los cuarenta hombres que formaban el destacamento, así como el teniente Barberi, que lo mandaba, fueron hechos prisioneros. La noticia de este acontecimiento fué motivo para que el general Lepage apresurase su marcha en pos de la division republicana. Por su parte el general Douay, seguro ya del rumbo que don José María Arteaga llevaba, destacó en su persecucion dos columnas pequeñas, bajo el mando de los coroneles Chinchant y De Portier.

1864. El jefe republicano, que trataba de salvar  
 Noviembre. su ejército por medio de una marcha rápida, hacía caminar á éste sin detenerse más que lo muy indispensable para descansar y tomar algun alimento.

El coronel Lepage á su vez apresuraba la marcha de su columna, mientras el coronel Chinchant, del 1.º de zuavos, avanzaba con la suya, á marchas forzadas, empeñado en dar alcance á sus contrarios.

El general don José María Arteaga, al llegar á Jiquilpan, resolvió esperar á las tropas imperialistas, y tomó posiciones en la mesa de un elevado cerro. Sus fuerzas, aunque algo desmoralizadas por la penosa y larga retirada en que habían ido, eran buenas y numerosas, pues pasaban de cuatro mil hombres, contaban con abundante y buena artillería, y tenían confianza en sus generales y jefes. Eran éstos don Miguel María de Echeagaray, don Leonardo Oruelas, don Pedro Rioseco Toro y don Antonio Rojas.

Era la mañana del 22 de Noviembre cuando el coronel Chinchant, al llegar á la vista de Jiquilpan con su cuerpo de zuavos, una seccion de artillería de montaña y un escuadron de caballería, descubrió al ejército republicano presentándole combate. Este empezó á los pocos momentos con extraordinario ardor por una y otra parte, y pronto se hizo sangriento. El general don José María Arteaga animaba con la palabra y el ejemplo á sus soldados; pero la fuerza moral había desaparecido de muchos de ellos, y éste era un mal precedente para alcanzar la victoria. La suerte se manifestó tambien aquí contraria á las armas de don Benito Juárez; y las tropas republicanas, despues de haberse batido con notable valor, fueron completamente destrozadas. Cerca de doscientos muertos y número casi igual de heridos dejaron en el campo de batalla, cayendo en poder de los vencedores doce cañones de montaña, doscientas mulas, dos mil fusiles, un número considerable de cajones de municiones, trescientos prisioneros y diversos efectos de guerra. El teniente Barberi y el destacamento de cuarenta hombres del 81 que las tropas republicanas habían hecho prisioneros en Jonotepec, fueron libertados.

Entre los republicanos que murieron combatiendo denodadamente, se encontraban los generales don Leonardo Oruelas y don Pedro Rioseco. El general Espinosa y su estado mayor, cayeron prisioneros. Los restos del ejército se retiraron con direccion á Quitupan, mientras los imperialistas se detuvieron á recoger los despojos de la guerra.

1864. Las pérdidas de la columna francesa fueron  
 Noviembre. tambien bastantes, aunque en el parte dado por su jefe aparecen insignificantes. Al coronel Chinchant

le mataron su caballo, y él mismo fué herido en una pierna. Al comandante Lalane le mataron también su caballo.

La importancia que tenía para los imperialistas la posesión de Jiquilpan y de las poblaciones inmediatas, era grande, pues podía dar por resultado la pacificación de los ricos Estados de Jalisco y de Michoacan, así como la del territorio de Colima.

Pocos días antes, el 13 de Noviembre, la brigada del jefe don Juan N. Cortina, que se había adherido al imperio al aproximarse el general imperialista don Tomás Mejía á Matamoros, como tengo referido, derrotó en Ciudad Guerrero al jefe republicano Canales. Entre los muertos que éste tuvo, se hallaban el coronel don Modesto Vargas, el teniente coronel don Mariano Gonzalez Hidalgo, el comandante don Apolinar Puente, y el teniente Reyes Castañón. Los individuos que cayeron prisioneros fueron el capitán don Atilano Benavides, herido; el teniente don Hilario Jaquez; el sargento segundo don Teófilo Vega; el cabo José María Benavides, herido; y los soldados Estéban Cirilo, Eulogio Andame, Eleuterio Mauricio, Carpio Lazcano, Martin Gonzalez, herido, y Félix Adamé.

El coronel imperialista Dupart, á la cabeza de dos escuadrones de Africa, puso en dispersion, en la hacienda de Guadalupe, en el Estado de Durango, á las fuerzas de Quesada y Sainz Pardo, matándoles treinta hombres, causándoles cuarenta heridos, y haciéndoles veinte prisioneros. Entre los muertos se hallaban el expresado Sainz Pardo, y el jefe de estado mayor de Quesada don Floren-

cio Cortazar: entre los prisioneros se encontraba don Sotero de la Torre, antiguo secretario del general don Jesús Gonzalez Ortega y que en esos momentos lo era de Quesada, nombrado gobernador y comandante militar de Durango por don Benito Juarez.

Los triunfos alcanzados casi en todos los departamentos por las fuerzas imperialistas, hacia que las presentaciones de los que habían combatido contra el imperio continuaran sin cesar, haciendo presagiar un pronto término á la lucha. En Nuevo-Leon se presentaron en los días que iban corridos del 1 al 20 de Noviembre, doce individuos, protestando vivir pacíficamente (1).

1864. Destruido el ejército que estaba á las órdenes del general don José María Arteaga, sólo quedaban en los importantes Estados del interior, cortas, aunque abundantes guerrillas sin apoyo y con escasos recursos. Todo anunciaba el próximo y completo triunfo de los imperialistas sobre los republicanos. Las principales ciudades, villas y puertos pertenecían al imperio. Don Benito Juarez, que había establecido en Chihuahua su gobierno desde el 28 de Agosto, carecía de medios para hacerse de armas y de gente. Centenares de jefes que habían combatido contra el imperio, habían reconocido á éste, y todos los pueblos de que se había ido alejando,

(1) Los individuos presentados fueron:

Justo Chapa, José María Páez, Narciso Chapa, Francisco Tijerina, Tirso Melendez, Juan Treviño, Nazario Martinez, Juan Francisco Martinez, y Wenceslao Martinez, Mauricio Alcorta, Antonio Cabrales y Rafael Quiroga.